



Salvador García Ramírez

Puede parecer contradictorio que una persona proveniente del mundo de las ciencias, como es mi caso, termine dedicando los años de su madurez a escribir poesía. He dedicado toda mi vida profesional a enseñar física en bachillerato, pero si hiciéramos una pequeña investigación histórica comprobaríamos que no tiene nada de extraño que a Albert Einstein le gustase tocar el violín, que Maxwell, el creador de las cuatro leyes del electromagnetismo, escribiera largos y densos poemas o que Lewis Carroll fuera un buen matemático y que gracias a ello pudiera dar ese toque tan personal que tiene Alicia en el país de las maravillas.

Para mí la ciencia, y la física en particular, nos enseña a interpretar el mundo que nos rodea, a descubrir lo que hay más allá de las fronteras de lo infinitamente grande, el universo, y lo infinitamente pequeño, el mundo de las partículas subatómicas. También la poesía nos enseña a interpretar el mundo con otras técnicas, bajo otros parámetros. Los poemas abren los poros de la sensibilidad y nos ayudan a mirar un poco más allá de lo visible liberados del sentido común, como hacen los teóricos de la física cuántica.

Según el modelo estándar de partículas, el universo está compuesto por unas partículas elementales que se relacionan entre ellas mediante las cuatro grandes interacciones como son la gravitatoria o la electromagnética. Cada cuerpo del universo, cada maravilla que admiramos, está formado por esas partículas y moldeado, regido, por algunas de las interacciones fundamentales. Algo así es la labor del poeta. Cada verso que crea, cada poema, está formado por unas letras fundamentales que componen palabras. Esas palabras interactúan entre sí dotando al verso de un sentido y de una música. Cuando el resultado de esa armonía, de esa concisión, termina conmoviendo al que lo lee, podemos decir que hemos logrado crear algo poético.

A esta tarea estoy dedicando ahora mi vida. Leo y aprendo de los maestros para perfeccionar la técnica que me permita transmitir lo inefable, lo que escapa de nuestra razón y nos lleva al territorio del asombro.

Semblanza facilitada por Salvador García Ramírez

Baeza, 20 de mayo de 2024